

talento. Esta joven observó á los hombres en la edad en que las mujeres no pueden ver más que á uno solo, despreció á los que éstas admiran, sorprendió mentiras en las adulaciones que éstas aceptan como verdades y se rió de aquello que les comunica gravedad. Este contrasentido duró mucho tiempo, pero tuvo un fin terrible; pues Felicidad, joven y fresca, sintió su primer amor en el momento en que las mujeres se ven intimadas por la naturaleza á renunciar al mismo. Sus primeras relaciones fueron tan secretas, que nadie las conoció. Felicidad, como todas las mujeres que se entregan al buen sentido del corazón, creyó estar en lo cierto deduciendo de la belleza del cuerpo la del alma, y habiendo quedado enamorada de una buena figura, descubrió al fin toda la estupidez que encerraba un hombre de buen aspecto que no vió en ella más que una mujer. Tardó algún tiempo en reponerse del disgusto que le ocasionó aquella unión insensata. Por fin, un hombre adivinó su dolor, la consoló sin miras interesadas, ó al menos sabiendo ocultarlas, y Felicidad creyó haber encontrado en él la nobleza de corazón y el talento de que carecía el petimetre. Este hombre poseía uno de los talentos más originales de este tiempo, escribía bajo un pseudónimo y sus primeros escritos anunciaron en él á un adorador de Italia. Felicidad tuvo que viajar, so pena de perpetuar la única ignorancia que le quedaba. Aquel hombre escéptico y burlón llevó á Felicidad á conocer la patria de las artes; pudo pasar por el maestro y el creador de Camilo Maupín; puso en orden los inmensos conocimientos de Felicidad; los aumentó mediante el estudio de las obras maestras que pueblan Italia; le comunicó ese tono ingenioso, fino, epigramático y profundo que caracterizaba á su talento propio, que era siempre un poco extravagante en la forma, pero que Camilo Maupín modificó con la delicadeza de sentimiento y el ingenio propio de las mujeres, y, finalmente, le inculcó el gusto por las obras de la literatura inglesa y alemana, y le hizo aprender durante el viaje estas dos lenguas. El año 1820, estando en Roma, la señorita de Touches fué abandonada por una italiana. Sin esta desgracia, acaso no hubiera sido nunca célebre. Napoleón apellidó comadrona del genio á la desgracia. Este acontecimiento inspiró para siempre á la señorita de Touches ese desprecio por la humanidad que tan fuerte la hacía. Felicidad murió y Camilo nació. La joven volvió á

París con el gran músico Conti, para el cual escribió dos libritos de ópera; pero como no tenía ya ilusiones, se convirtió, sin que lo supiese el mundo, en un Don Juan hembra, sin deudas ni conquistas. Animada por el éxito, publicó sus dos tomos de piezas de teatro, las cuales hicieron pasar, de buenas á primeras, el nombre de Camilo Maupín á formar parte del número de los anónimos ilustres. La notable escritora contó después su pasión engañada en una novelita que es indudablemente una de las obras maestras de la época. Este libro, de peligroso ejemplo, fué puesto al lado de *Adolfo*, horrible lamentación cuya contrapartida formaba la obra de Camilo. La delicadeza de su metamorfosis literaria no ha sido aún comprendida. Algunos espíritus astutos ven en ella esa generosidad que entrega á un hombre á la crítica y que salva á la mujer de la gloria, permitiéndole que permanezca obscura. A pesar de sus deseos, su celebridad aumentó de día en día, tanto por la influencia de su salón como por sus réplicas, por la exactitud de sus juicios y por la solidez de sus conocimientos; la escritora llegó á formar escuela, sus frases se repetían y no pudo de ningún modo librarse de las funciones de que estaba investida por la sociedad parisiense. El mundo inclinó su cerviz ante el talento y la fortuna de esta joven extraña, y reconoció y sancionó su independencia, admirando las mujeres su talento y los hombres su hermosura. Por otra parte, su conducta se sometió siempre á las conveniencias sociales; sus amistades parecieron puramente platónicas, y Felicidad no tuvo nada de la mujer autor. La señorita de Touches es encantadora; como mujer de mundo, mostróse á propósito débil, ociosa, coqueta, presumida, encantada de las insignificancias que seducen á las mujeres y á los poetas, y comprendió perfectamente que después de la señora de Staël no quedaba ya plaza en este siglo para una Safo, y que Ninón no podría existir en París sin grandes señores ni corte voluptuosa. Camilo Maupín es la Ninón de la inteligencia; adora el arte y á los artistas; va del poeta al músico, del escultor al prosista; vive desde 1830 en un círculo escogido con amigos probados que se aman tiernamente y que se estiman. Tan alejada del estruendo de la señora de Staël como de las luchas políticas, Felicidad se burla de Camilo Maupín, ese hermano menor de Jorge Sand, á quien ella llama su hermano Caín, porque su gloria reciente ha hecho olvidar la suya. La señorita de Touches ad-

mira á su feliz rival con una indiferencia angelical, sin experimentar celos ni guardarle rencor.

Hasta el momento en que comienza esta historia, Felicidad tuvo la existencia más feliz que puede imaginarse una mujer que disponga de fuerzas suficientes para protegerse á sí propia. Desde 1817 á 1834, sólo había ido cinco ó seis veces á Touches. Su primer viaje acaeció después de su primera decepción, ó sea, en 1818. Su casa de Touches estaba inhabitable; pero la joven envió, á pesar de esto, á su administrador á Gueranda, se albergó en Touches, y como no sospechaba entonces su futura gloria, estaba muy triste y quería en cierto modo contemplarse á sí propia después de este gran desastre; no visitó á nadie y escribió á París á una amiga suya comunicándole sus intenciones de amueblar convenientemente los Touches y encargándole la compra de lo necesario para ello. El mobiliario fué transportado en un buque hasta Nantes, y en una pequeña embarcación hasta Croisic, y de aquí fué trasladado sin dificultad á los Touches, á través del arenal. Una vez hecho esto, mandó venir obreros de París, y se estableció en aquella morada cuyo conjunto le agradó extraordinariamente, pues quería meditar allí, cual si estuviese en una cartuja privada, acerca de los acontecimientos de la vida. A principios de invierno, la joven se fué á París, siendo entonces la villa de Gueranda presa de curiosidad diabólica, toda vez que sólo se hablaba del lujo asiático de la señorita de Touches. El notario, que era su administrador, dió permiso para que pudiese ser visitada aquella mansión, y en poco tiempo desfiló por ella una infinidad de gente de Batz, del Croisic y de Savenay. En dos años, aquella curiosidad valió la enorme suma de diez y siete francos á las familias del portero y del jardinero. La joven no volvió á Touches hasta dos años después, á su vuelta de Italia, y como había entrado por Croisic, estuvieron mucho tiempo en Gueranda sin conocer su presencia y la del compositor Conti, que se hallaba á la sazón con ella. Las apariciones sucesivas que hizo posteriormente excitaron poco la curiosidad de la pequeña ciudad de Gueranda, pues su administrador, y á lo sumo el notario, eran los únicos que estaban en el secreto de la gloria de Camilo Maupín. Sin embargo, en este momento, el contagio de las ideas nuevas había hecho algunos progresos en Gueranda y había allí algunas personas que conocían el doble nombre de la señorita de Touches. El

director de correos recibía cartas dirigidas á Camilo Maupín en Touches. Por fin, el velo se descubrió. En un país esencialmente católico, atrasado y lleno de preocupaciones, la extraña vida que hacía aquella ilustre joven no podía ser nunca comprendida, y tenía que originar los rumores que tanto habían asustado al abate Grimont. Por otra parte, Felicidad no estaba sola en Touches, sino que tenía un huésped, y éste era Claudio Viñón, escritor desdenoso y soberbio, que, al mismo tiempo que hacía de crítico, encontró el medio de dar al público y á los literatos la idea de su superioridad. Felicidad, que había recibido á este escritor hacía ya siete años, como había recibido á otros cien autores, periodistas, artistas y gentes de mundo, y que conocía su carácter sin voluntad, su pereza, su profunda miseria, su incuria y su cansancio de todo, parecía que quería hacer de él su marido, por la manera como lo trataba. La conducta de Felicidad, incomprendible para sus amigos, se la explicaba ella por su ambición y por el espanto que le causaba la vejez. La escritora deseaba confiar el resto de su vida á un hombre superior, que se sirviese de su fortuna como de un peldaño y que fuese el continuador de su importancia en el mundo literario. En este estado había llevado consigo á Claudio Viñón desde París á Touches, como águila que lleva entre sus garras á un cervatillo, para estudiarle y tomar una decisión violenta; pero engañaba á la vez á Calixto y á Claudio: al verse engañada por sí propia y al ver que su vida se iluminaba demasiado tarde con el sol del amor, brillante como brilla en los corazones á los veinte años, era presa de las más violentas convulsiones que podían agitar á un alma tan violenta como la suya. He aquí ahora la cartuja de Camilo.

A algunos centenares de pasos de Gueranda, el suelo de Bretaña cesa, y comienzan las dunas y los pantanos salinos. Al desierto de arena que ha dejado el mar, cual un margen, entre ella y la tierra, se baja por un camino abarrancado por el cual no han transitado nunca coches. Este desierto contiene arenas infértiles, pantanos de forma desigual, donde se cultiva la sal, y el pequeño brazo de mar que separa del continente la isla de Croisic. Aunque el Croisic sea, geográficamente considerado, una península, como sólo está unido á Bretaña por la playa que lo enlaza con la aldea de Batz, playa formada por áridas é inseguras arenas que no son fáciles de franquear, puede pasar por una isla. En el

lugar en que el camino de Croisic á Gueranda empalma con la carretera de tierra firme, se encuentra una casa de campo rodeada de un gran jardín, notable por sus pinos tortuosos y alabeados, los unos en forma de parasol, pobres los otros en ramaje, y mostrando todos sus troncos rojizos en aquellos lugares en que les falta la corteza. Estos árboles, víctimas de los huracanes, y que brotaron allí contra viento y marea, preparan al alma para el triste y gran espectáculo de los pantanos salinos y de las dunas, que parecen un mar inmóvil. La casa, bastante bien construída con piedras esquistosas y mortero, sostenidas por pilares de granito, carece por completo de estilo arquitectónico y ofrece á las miradas una pared seca perforada regularmente y á intervalos por los huecos de las ventanas. Estas están formadas por grandes vidrios en el primer piso y por vidrios pequeños en el piso bajo. Encima del primer piso están los graneros, que se extienden bajo un enorme tejado elevado, puntiagudo, terminado en forma de ángulo diedro y con dos sendas lumbreras á ambos lados. Bajo el triángulo de cada uno de los aleros sendas ventanas abren su ojo ciclópeo, la una hacia el oeste con vistas al mar, y la otra hacia el este con vistas á Gueranda. Una de las fachadas de la casa mira al camino de Gueranda, y la otra al desierto, á cuyo extremo se levanta el Croisic. Al otro lado de este pueblecito se extiende la inmensidad del mar. Un arroyuelo brota de una abertura de los muros del parque que bordea el camino de Croisic, y, atravesando éste, va á perderse en las arenas ó en el pequeño lago de agua salada, circundado por las dunas, por los estanques y producido por la irrupción del brazo de mar. Un camino de algunas toesas, practicado en esa brecha del terreno, conduce de la carretera á la casa, en la cual se entra por una gran puerta y cuyo patio está rodeado de construcciones rurales bastante modestas, tales como una cuadra, una cochera y una casa de jardinero, al lado de lo cual se ve un corral con sus dependencias, corral que aprovecha más bien al portero de la casa que al amo. Los tonos grisáceos de este edificio armonizan admirablemente con el paisaje que domina. Su parque es el oasis de aquel desierto á cuya entrada encuentra el viajero una barraca de cal y canto donde hacen guardia los carabineros. Esta casa sin tierras, ó cuyas tierras están situadas en territorio de Gueranda, obtiene unos diez mil francos de renta de las salinas,

además de lo que le producen las alquerías diseminadas por tierra firme. Tal es el feudo de Touches, al que la revolución privó de sus rentas feudales. Hoy, los Touches son una propiedad; pero los salineros continúan llamándole *el castillo*, y dirían asimismo *el señor*, si el feudo no hubiera recaído en una hembra. Cuando Felicidad quiso restaurar los Touches, se guardó bien, como gran artista que era, de cambiar en nada aquel exterior desolado que da un aspecto de prisión á este solitario edificio. Hermoseó únicamente la puerta de entrada con dos columnas de ladrillos que soportan una galería, por debajo de la cual puede pasar un coche. El patio fué todo plantado.

La distribución del piso bajo es igual á la de la mayor parte de las casas de campo construídas hace cien años. Indudablemente, esta casa había sido construída sobre las ruinas de algún pequeño castillo levantado allí, como un anillo que unía el Croisic y la aldea de Batz á Gueranda, y que se enseñoreaba de las salinas. En la parte baja de la escalera se había formado un pequeño peristilo. En primer término encontrábase una gran antesala entarimada, en la que Felicidad había puesto una mesa de billar, y después un inmenso salón con seis ventanas, dos de las cuales forman puertas que dan acceso al jardín por una decena de peldaños, y que se comunican con las puertas que conducen la una al billar y la otra al comedor. La cocina, situada en el otro extremo, se comunica con el comedor mediante una repostería. La escalera separa el billar de la cocina, la cual tenía una puerta que daba al peristilo, puerta que la señora Felicidad hizo condenar inmediatamente, abriendo otra que diese al patio. La elevación y la grandeza de las habitaciones de este piso bajo permitieron á Camilo adornarlo con noble sencillez, aunque se guardó bien de poner en ellas objetos preciosos. El salón, pintado todo de color gris, está provisto de una sillería antigua de caoba y de seda verde, de cortinas de calicó blanco con ribete verde en las ventanas, de dos consolas y de una mesa redonda; en el centro hay una alfombra á grandes cuadros, y sobre la vasta chimenea un reloj, que representaba el carro del sol, entre candelabros de estilo imperial. En el salón de billar se ven también cortinas de calicó gris con ribetes negros, y dos divanes. El mobiliario del comedor se compone de cuatro grandes armarios de caoba, una mesa, doce sillas también

de caoba, tapizadas con tela de crin, y magníficos grabados de Audrán encerrados en marcos de la misma madera. Del centro del techo pende una elegante lámpara de dos mechas, semejante á las que existen en las escaleras de los grandes palacios. Todos los techos, formados por salientes vigas, han sido pintados de color de madera, y la escalera vieja, que es de madera con grandes balaustres, está cubierta de arriba abajo de una gran alfombra verde.

El primer piso tenía dos habitaciones separadas por la escalera, y Camilo tomó para sí la que tiene vistas á las salinas, al mar y á las dunas, y la dividió en un saloncito, un gran dormitorio y dos gabinetes, uno para tocador y otro para trabajo. De la otra parte de la casa formó dos habitaciones con una antesala y un gabinete cada una. Los criados se albergan en el piso superior. Las dos habitaciones para los huéspedes no tuvieron al principio más que lo estrictamente necesario, pues los objetos artísticos que había pedido á París se los reservó para sus habitaciones, llevada del deseo de tener en aquella sombría y melancólica habitación y ante aquel melancólico y sombrío paisaje las más fantásticas creaciones del arte. Su saloncito está cubierto de hermosos tapices de Gobelinos, encerrados en espléndidos marcos de talla. Las ventanas están cubiertas de magníficas telas antiguas, entre ellas un hermoso brocado con dobles reflejos oro y rojo, amarillo y verde, provisto de festones verdaderamente regios y de bellotas dignas de los más espléndidos doseles de la iglesia. Aquel salón encierra, además, un magnífico cofre antiguo que lo adquirió su administrador y que vale hoy siete ú ocho mil francos, una mesa de ébano tallado, un escritorio con mil cajones, incrustado de arabescos de marfil y venido de Venecia, y, finalmente, los más hermosos muebles góticos: se ven allí estatuillas, cuadros y todo lo mejor que pudo escoger un pintor amigo suyo en casa de los anticuarios, que, en 1818, no sospechaban siquiera el precio que adquirirían más tarde aquellos tesoros. Sobre las mesas se ven hermosos vasos del Japón con fantásticos dibujos. La alfombra es de Persia y fué introducida de contrabando por las dunas. El dormitorio reproduce el estilo Luis XV con perfecta exactitud; pues la cama es de madera tallada, pintada de blanco, con doseles abovedados rematados en amorcillos que se arrojan flores, y soportando cortinajes de seda recamada; el reloj es de oro modelado y tiene á

ambos lados sendos jarrones de Sevres; el espejo es del mismo estilo; el tocador, con sus encajes y espejo, es estilo puro Pompadour, pudiendo admirarse luego aquellos muebles tan bien contorneados, aquellas duquesas, aquel diván, aquel canapé, el biombo de laca, las cortinas de seda semejante á la de los muebles y forradas de satén color rosa, y, en una palabra, todas las cosas elegantes, ricas,untuosas y delicadas de que se rodeaban las mujeres bonitas del siglo XVIII para hacer el amor. El cuarto de trabajo, completamente moderno, opone á la galantería del siglo de Luis XV un mueblaje de caoba, y su biblioteca está llena; por otra parte, las encantadoras futilidades de la mujer lo llenan, atrayendo, sobre todo, las miradas las obras modernas: libros con secreto, cajitas para pañuelos y para guantes, pantallas en litofanía, estatuillas, figuras chinescas, escribanías, uno ó dos álbums, prensa-papeles, y, finalmente, las innumerables chucherías que estaban á la sazón de moda. Los curiosos podían admirar allí con sorpresa un par de pistolas, una pipa turca, un látigo, una hamaca, una escopeta, una blusa, tabaco y una mochila de soldado; siendo mescolanza ésta que describe á Felicidad.

Visitando esta morada, toda alma grande quedará sorprendida por las bellezas especiales del paisaje, que despliega su manto al otro lado del parque, manto que constituye la última vegetación del continente. Aquellos tristes cuadros de agua salobre, divididos por los caminos blancos, por donde se pasea el salinero, vestido todo de blanco, á fin de rastrillar, recoger la sal y formar con ella pilones; aquel espacio que las exhalaciones salinas prohíben atravesar á los pasajeros, ahogando así todos los esfuerzos de la botánica; aquellas arenas en las que la mirada no encuentra más consuelo que el que le proporciona alguna hierba dura, persistente y de rosáceas flores; aquel lago de agua salada, la arena de las dunas y la vista del Croisic, miniatura de la ciudad encerrada como Venecia en plena mar; y, finalmente, el inmenso océano que rodea los arrecifes de granito con sus espumosas franjas para hacer resaltar aún mejor sus extrañas formas, elevan el pensamiento al mismo tiempo que lo entristecen, produciendo así el mismo efecto que produce lo sublime á lo largo, el cual nos apena á causa de la idea que nos comunica de lo desconocido entrevisto por el alma á alturas desesperantes. De modo que aquellas salvajes ar-

monías no convienen más que á los grandes espíritus ó á los grandes dolores.

Aquel desierto lleno de accidentes, donde los rayos del sol, reflejados por las aguas y por la arena, blanquean la aldea de Batz y bañan los tejados del Croisic comunicándole un inmenso brillo, ocupaba entonces á Felicidad durante días enteros, la cual, como sufría á la sazón horribles dolores desconocidos, volvía rara vez sus ojos hacia las deliciosas vistas del interior y hacia los bosques y los setos floridos que rodean á Gueranda, cual si fuese una recién casada, de flores, de cintas, de velos y de festones.

Tan pronto como Calixto vió despuntar las veletas enclavadas en los dos extremos del ángulo que formaba el tejado, y las copas tortuosas de los pinos, encontró el aire más ligero; pues estando su vida en Touches, Gueranda le parecía una prisión. ¿Quién no comprende los encantos que había de encerrar Touches para un hombre cándido? El amor que le había hecho postrarse á los pies de una persona á quien consideraba él una gran cosa antes de ver en ella una mujer, tenía que resistir á las inexplicables negativas de Felicidad. Este sentimiento, que es, más bien que amor, necesidad de amar, no había escapado al terrible análisis de Camilo Maupín, y de ahí provenían, sin duda, sus negativas, cuya nobleza no comprendía Calixto. Por otra parte, en aquel recinto brillaban tanto más las maravillas de la civilización moderna, cuanto que contrastaban con todo Gueranda, donde la pobreza de los Guenic era un esplendor. Allí, ante las miradas atónitas de aquel joven ignorante que no conocía más que las retamas de Bretaña y los matorrales de la Vendea, se desplegaron las bellezas parisienses de un mundo nuevo, y allí oyó también por vez primera un lenguaje sonoro que le era desconocido. Calixto escuchó allí los acentos poéticos de la música más bella, de la sorprendente música del siglo xix, en la que la melodía y la armonía luchan con igual poder y donde el canto y la instrumentación han alcanzado increíbles perfecciones; allí vió también las obras de la pintura más pródigo, la de la escuela francesa, que es hoy la heredera de Italia, de España y de Flandes, y donde el talento se ha hecho tan común, que todos los ojos, todos los corazones, cansados del talento, llaman á grandes gritos al genio; y allí leyó, en fin, esas obras de la imaginación, esas asombrosas creaciones de la literatura moderna, que produ-

ieron todo su efecto en su corazón virgen. En una palabra, nuestro gran siglo xix se le apareció allí con sus magnificencias colectivas, con su crítica, con sus esfuerzos de renovación en todo, y le cantó himnos acompañados del terrible contrabajo del cañón. Iniciado por Felicidad en todas estas grandezas, que, sin duda, escapan á las miradas de los que las ponen en escena ó de los que las construyen, Calixto satisfacía en Touches el gusto por lo maravilloso, que es tan potente á su edad, y esa sencilla admiración que constituye el primer amor de la adolescencia y que tanto se excita con la crítica. ¡Es tan natural que la llama aumente y tome vuelos! El joven escuchó allí esa bonita charla parisiense y esa elegante sátira, que le revelaron el espíritu francés y despertaron en él mil ideas adormecidas por el entorpecimiento de su vida en familia. Para él, la señorita de Touches era la madre de su inteligencia, una madre á quien podía amar sin temor. ¡Era ella tan buena para él! Una mujer es siempre adorable para un hombre á quien inspira amor, aunque ella parezca no corresponderle. En este momento Felicidad le daba lecciones de música. Para Calixto, aquellas grandes habitaciones del piso bajo, aumentadas aún gracias á lo hábilmente dispuestas que estaban las praderas y las espesuras del parque; aquella caja de escalera, amueblada con las obras maestras de la paciencia italiana, con maderas labradas, con mosaicos venecianos y florentinos, con bajo relieves de marfil y de mármol y con curiosidades encargadas por las hadas de la edad media; aquella habitación íntima, tan linda y tan voluptuosamente artística, todo aquello, en fin, estaba vivificado y animado por una luz, un espíritu y un aire sobrenaturales, extraños é indefinibles. El mundo moderno, con sus poesías, se oponía vivamente al mundo lúgubre y patriarcal de Gueranda, estableciendo una competencia entre dos sistemas distintos: de una parte los mil efectos del arte, de otra la unidad de la salvaje Bretaña. Ahora ya nadie preguntará por qué el pobre niño, aburrido como su madre de las veladas de la mosca, se estremecía siempre al entrar en Touches, al llamar á su puerta y al atravesar su patio. Hay que observar que estos presentimientos sólo agitan á los hombres hechos ya á los inconvenientes de la vida y que no se sorprenden por nada y se lo esperan todo. Al abrir la puerta, Calixto oyó los acordes del piano y creyó que Camilo Maupín estaba en el salón; pero cuando penetró

en el billar, la música dejó de llegar á sus oídos. Camilo tocaba, sin duda, en el pianito recto que Conti había traído de Inglaterra y que estaba colocado en el salón del primer piso. Mientras subía la escalera, cuya alfombra ahogaba por completo el ruido de sus pasos, Calixto fué marchando cada vez más lentamente, pues le pareció reconocer algo extraordinario en aquella música. Felicidad tocaba para sí sola, se entretenía consigo misma. En lugar de entrar, el joven se sentó en un banco gótico forrado de terciopelo verde, que había en el descansillo, debajo de una ventana provista de artístico quicio de madera labrada. Nada más misteriosamente melancólico que la improvisación de Camilo, que parecía una alma cantando á Dios algún *De profundis* desde el fondo de la tumba. El joven amante reconoció en aquel canto la plegaria del amor desesperado, la ternura de la queja sumisa, los gemidos de una aflicción contenida. Camilo había extendido, variado y modificado la introducción de la cavatina de *Perdón para ti, perdón para mí*, que constituye casi todo el cuarto acto de *Roberto el Diablo*, y después de cantar este trozo de una manera desgarradora, enmudeció de pronto. Calixto entró entonces y pudo ver la causa de la interrupción. La pobre Camilo Maupín, la hermosa Felicidad, le mostró sin coquetería su rostro bañado en lágrimas, y después de tomar un pañuelo y enjugárselas, le dijo sencillamente:

—¡Buenos días!

La escritora estaba encantadora con su tocado de la mañana: llevaba en la cabeza una de aquellas redecillas de terciopelo rojo que estaban entonces de moda, y de la cual brotaban sus lucientes mechones de cabellos negros. Una levita muy corta formaba una especie de túnica griega moderna que permitía ver un pantalón de batista de perneras bordadas y unas bonitas zapatillas turcas de color rojo y oro.

—¿Qué tiene usted?—le dijo Calixto.

—Nada, que no ha vuelto aún—le contestó Felicidad manteniéndose de pie á la ventana y mirando las arenas, el brazo de mar y las salinas.

Esta respuesta daba la explicación de su tocado. Camilo parecía esperar á Claudio Viñón, y estaba inquieta como mujer que ha hecho esfuerzos en vano. Un hombre de treinta años hubiera visto esto, pero Calixto no vió más que el dolor de Camilo.

—¿Está usted inquieta?—le preguntó.

—Sí—le respondió ella con una melancolía que aquel niño no podía analizar.

Calixto salió apresuradamente.

—Pero ¿adónde va usted?

—A buscarle—respondió el joven.

—Querido niño—le dijo ella tomándole por una mano para retenerlo á su lado y dirigiéndole una de esas tiernas miradas que constituyen la más hermosa recompensa para una alma joven, —¿está usted loco? ¿En dónde quiere usted encontrarle, ignorando su paradero?

—¡Ah! lo encontraré.

—Su madre de usted sufriría con ello mortales angustias; por otra parte, quédese usted, pues yo lo quiero—añadió haciéndole sentarse en el diván.—No se apure usted por mí. Las lágrimas que usted ve ahora en mis ojos son lágrimas de esas que nos agradan. Existe en nosotras una facultad que no poseen los hombres, en virtud de la cual nos abandonamos á nuestra naturaleza nerviosa exagerando extraordinariamente los sentimientos. Figurándonos en determinadas situaciones y abandonándonos á ellas, llegamos á derramar lágrimas y, á veces, á estados graves. Nuestras fantasías no son juegos del espíritu, sino del corazón. Usted ha venido muy oportunamente, pues la soledad no me conviene. Conozco perfectamente la causa del deseo que ha tenido de visitar sin mí el Croisic y sus rocas, la aldea de Batz y sus arenas y los pantanos salobres. Ya sabía yo que emplearía en esto varios días en lugar de uno. Ha querido dejarnos solos; está celoso, ó, mejor dicho, finge estarlo. Usted es joven y guapo.

—¿Por qué no me lo decía usted! ¿Quiere usted que no venga más?—preguntó Calixto derramando una lágrima que rodó por su mejilla y que conmovió vivamente á Felicidad.

—¡Es usted un ángel!—exclamó ésta.

Y acto continuo cantó alegremente el *¡Quedaos!* de Matilde, en *Guillermo Tell*, para quitar toda gravedad á esta magnífica respuesta de la princesa á su súbdito.

—De este modo ha querido hacerme creer en un amor mejor del que en realidad siente por mí—repuso Felicidad.

—El sabe lo bien que yo le quiero—dijo mirando á Calixto con atención,—pero, sin duda, se siente humillado al verse inferior á mí en esto. O acaso haya tenido sospechas de usted

y quiera sorprendernos. Pero ¿no es bastante grave ya su falta, en el mero hecho de haber ido sin mí á esa correría y de no haberme asociado á las ideas que le inspiraron esos espectáculos, causándome mortales inquietudes? Veo que ya no soy amada por ese bribonazo, como no lo he sido tampoco por el músico, por el hombre de talento, por el militar. Sterne tiene razón: los nombres significan algo, y el mío es una sangrienta mofa, pues veo que moriré sin encontrar en ningún hombre el amor que abriga mi corazón y la poesía que encierra mi alma.

Y dicho esto, permaneció con los brazos colgados, la cabeza apoyada en el cojín y los ojos distraídos por la reflexión y fijos en una de las rosas de la alfombra. Los dolores de los espíritus superiores tienen un no sé qué de grandioso y de imponente, porque revelan inmensas extensiones de alma que el pensamiento del espectador extiende aún más.

—¿Por qué me ha...?—dijo Calixto sin poder acabar.

La hermosa mano de Camilo Maupín se había colocado ardiente sobre la suya y le había interrumpido elocuentemente.

—La naturaleza ha cambiado para mí sus leyes, concediéndome aún cinco ó seis años de juventud. Le he rechazado á usted por egoísmo. Tarde ó temprano, la edad nos hubiera separado. Yo tengo sólo trece años más que él, y aun me parecen muchos.

—Usted será hermosa aún á los sesenta años—exclamó heroicamente Calixto.

—¡Dios le oiga á usted!—respondió Felicidad sonriendo. —Por otra parte, querido mío, yo quiero amarle. A pesar de su insensibilidad, de su falta de imaginación, de su cobarde holgazanería y de la envidia que le devora, creo que oculta grandezas bajo sus andrajos, y espero organizar su corazón, salvarlo de sí mismo y atraérmelo... Pero, ¡ay de mí! ¡con qué claridad ve las cosas mi espíritu y qué ciego está mi corazón!

Felicidad se asombró de la claridad con que conocía su interior, y sufría y analizaba su sentimiento, del mismo modo que Cuvier y Dupuytren explicaban á sus amigos la marcha de su enfermedad y el progreso que hacía en ellos la muerte. Camilo Maupín entendía tanto en materia de pasión como estos dos sabios en anatomía.

—Le he traído aquí para analizarle bien, y se aburre ya.

Ya se lo he dicho á él: echa de menos París y siente la nostalgia de la crítica por no tener autor á quien desplumar, ni sistema que atacar, ni poeta á quien desesperar. ¡Ay de mí! Mi amor no es, sin duda, bastante verdadero para distraerle y embriagarle. Emborráchese usted esta noche con él; yo diré que estoy enferma, permaneceré en mi cuarto, y de ese modo podré saber si me engaño ó no.

Calixto se puso rojo como la grana.

—¡Dios mío! sin darme cuenta, estoy depravando tu inocencia de doncella. Perdóname, Calixto. Cuando ames, ya sabrás de lo que es una capaz para proporcionar el menor placer al *objeto amado*, como dicen las echadoras de cartas.

Y dicho esto, hizo una ligera pausa y continuó después:

—Hay naturalezas soberbias y consecuentes, que al llegar á cierta edad exclaman: «¡Si yo empezase de nuevo la vida, obraría como obré hasta hoy!» Yo, que no me creo débil, exclamo: «Pues yo procuraría ser una mujer como tu madre, Calixto». ¡Qué dicha tener un Calixto! Hubiese escogido por marido al hombre más estúpido y hubiese sido mujer humilde y sumisa. Y, sin embargo, yo no he cometido faltas con la sociedad, y sólo me he hecho daño á mí misma. ¡Ay de mí! hijo querido, la mujer sólo puede ir sola en aquel estado de sociedad que se llama estado primitivo. Los afectos que no están en armonía con las leyes sociales ó naturales, los afectos que no son obligados, acaban por desaparecer. Sufrir por sufrir, vale más hacerlo siendo útil. ¡Qué me importan los hijos de mi prima Faucombe, que no son ya Faucombe, que no los he visto hace veinte años y que, por otra parte, se han casado con comerciantes! Usted es un hijo que no me ha costado los trabajos de la maternidad y le dejaré á usted mi fortuna, logrando así que sea feliz, al menos por lo que á mí me atañe, querido tesoro de hermosura y de gracia.

Después de decir estas palabras con voz emocionada, Felicidad cerró sus hermosos párpados para que el joven no pudiese leer en sus ojos.

—Usted no ha querido recibir nada de mí, y, por lo tanto, yo devolveré su fortuna á sus herederos—dijo Calixto.

—¡Niño!—dijo Camilo dejando correr las lágrimas por sus mejillas.—¿No habrá nada, pues, que pueda libramme de mí misma?

—Tiene usted que contarme una historia y que entregar-